

ME ARRANQUÉ EL CLÍTORIS CON UN CORTAÚÑAS

Dolores Blume

Aquella mañana, como otro día cualquiera, me levanté a las 07:00. Como cada día, llevaba ya una hora despierta y al igual que siempre, sin haber pegado ojo en toda la noche. Volvía a comenzar un nuevo día que iba a ser igual al anterior, pero nada más poner los pies en el suelo, noté que no sería como los demás.

Como una flecha atravesándome el vientre, sentí un dolor que me inmovilizó y sin darme cuenta, noté como las lágrimas corrían por mis mejillas. No podía afrontar el día, se me habían agotado las fuerzas. Las fuerzas de todo. Entré en una especie de trance, una habitación en blanco que no sabría decir si duró minutos u horas. No recuerdo nada de aquel intervalo de tiempo, pero lo que sí recuerdo es como salí de ahí. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, me levanté y fui al baño, me desnudé, me miré al espejo, pero no me reconocí. Aquello que veía reflejado, era insoportable; no me aguantaba, no me toleraba. Cualquier sinónimo era insuficiente para definir lo que me odiaba. ¿Quién era yo y en que me había convertido? Quería arrancarme la piel, llegar a los músculos y retirarlos, uno a uno, hasta quedarme solo con los huesos, poder estrujarme tan fuerte, y así dejar de existir.

Cogí mi cepillo para el cabello y me lo pasé por los muslos apretando todo lo que pude. No sentí dolor. Dejé caer el cepillo al suelo y como si mis piernas tuviesen vida propia, empecé a moverme y en un instante me vi sentada en la bañera. Apoyé las manos a los lados y lo atisé. Me incliné y cogí el cortaúñas, el que dejaba en ese preciso lugar, para cortarme las uñas cuando estas estaban reblandecidas. Lo observé un buen rato hasta que decidí que hacer con él. Abrí las piernas, lo acerqué a mi sexo y me arranqué el clítoris de cuajo. Tiré el cortaúñas a la bañera y como un pez cuando muere ahogado, vi aquel trozo de carne inerte y sin vida. Se formó un pequeño río rojo. Abrí el grifo y dejé que el

agua se llevase mi clítoris para que acabase en el desagüe. No me dio pena no volver a ver aquella cosa que desde hacía ya un tiempo, no me era útil. Todo mi odio se había proyectado en aquel tejido celular, lo había materializado, vuelto tangible y ya no estaba.

Pensando que ya se había acabado todo, llamaron al timbre. Una bofetada de realidad me hizo volver. Comenzó a escocerme la entrepierna. El timbre volvió a sonar, me quedé callada e inmóvil, sin hacer ningún ruido, para que se fuera. Pero volvieron a llamar. Escuché la voz de mi madre gritando mi nombre y supe que no se iría hasta que diese conmigo.

Mi madre, una mujer que lleva viuda desde los cuarenta y con solo una hija, había proyectado en mí todos sus deseos. Me había convertido en una mujer exitosa pero también en un monstruo. Yo era su mayor trofeo, pero también su mayor fracaso. A pesar de haber sido una niña ejemplar, ella siempre había creído que yo estaba loca y que no era suficiente. Me llamaba todas las mañanas para tenerme controlada desde que me fui a la universidad y así los quince años siguientes. Aquella mañana fue la primera vez que no contesté al teléfono y como no, se presentó en mi casa.

Salí de la bañera desnuda y mientras caminaba hacia la puerta, iba dejando un reguero de sangre por el pasillo. Justo al llegar a la puerta, me giré para mirarlo y sentí orgullo de mi obra. Por la mirilla vi la cara de desesperación de mi madre. Por un instante me dio pena que viese todo aquello, pero rápido desapareció de mi cabeza.

Abrí la puerta, mi madre me miró de arriba abajo y su expresión fue cambiando hasta que lanzó un grito de horror.